

## El velador (fragmentos)

Guillermo Saavedra

Quieta es el agua de la desgracia:  
ayer mi madre murió de pronto,  
sin que en el aire de las orillas  
o en la resaca de cada ola  
hubiera señas de que venía,  
como una trucha cortando el tiempo,  
el viento norte de las parquitas  
para llevarse de un manotazo  
su cuerpo vivo, mientras comía.  
¿La trabajaba, calladamente,  
el diente lerdo de La Golosa,  
sin que ninguno —tan ocupados  
en las corrientes y las mareas,  
los episodios de cada día—  
la sospechara rumbo a la caja  
que es travesura de último envase?

[...]

*En la intemperie de mi intemperie*

No es un descanso, sino el ligero  
desenvainarse de la espesura  
de tantos músculos estriados,  
de cada hueso y sus ligamentos,  
de los tejidos e inervaciones,  
y de la flora que fue intestinal;  
los epiplones y los pulmones,

la grasa noble y el hilo blanco  
de los humores, la arboladura  
de las arterias y otros conductos  
que llaman venas y ya no cavan  
ninguna zanja, ni una trombosis.  
¿Será posible que se dé cuenta,  
si es que hay conciencia cuando la muerte  
se lleva el soplo que da la vida,  
de que la vida no le dio tiempo  
más que a un efímero parpadeo?

[...]

*En el desierto de las palabras,  
no se predica. Se desespera  
la propia muerte,  
muda en su salsa.*

No comprendía mi pobre madre  
que las palabras que murmuraba,  
tomando mate con las vecinas  
mientras la siesta zurcía rencores,  
se me pegaban como estampillas:  
yo era una carta para el futuro,  
revoloteando entre los rumores  
como una mosca sobre el azúcar  
de un pan de leche, de las tortitas  
o sacramentos que se zampaban  
esas señoras coleccionistas  
de relicarios, palabras zurdas  
que yo guardaba como un tesoro,  
mientras hojeaba la santa biblia  
de las revistas que ellas leían.  
No sospechaba mi pobre madre  
que las palabras la matarían.  
A mí, por cierto, me hicieron daño

porque dejaron como una estela  
de retintines intolerables  
en mi manera de decir cosas.  
Y, si este mundo se ha vuelto piedra  
donde rebotan mis desvaríos,  
no es por la turbia verdad de antaño  
que los rumores del dormitorio  
me refregaban todas las noches,  
en un desvelo sin lamparitas  
y apantallado de carne ajena,  
ni por las huellas indiscernibles  
que me dejaban los entreveros  
de aquellas tardes entre las piernas  
del cuerpo sano de mi mamita.  
Ha sido el lento despellejarse  
al que mi madre se sometía,  
dando la espalda a la débil gracia  
que las palabras le proponían,  
lo que fue dándole a mi existencia  
el tono oscuro de los domingos;  
no las palabras tan cimarronas  
que nos reservan cierta sorpresa  
y hasta el consuelo de la poesía  
sino el martirio de algunos verbos,  
de sustantivos y de pronombres  
que, declinados de cierta forma,  
dejan la boca como una tumba  
más cenagosa que la que ahora  
a esta señora la está esperando.  
Llena la boca con los terrones  
humedecidos de muletillas,  
se fue callando por indolencia  
aquella dama que antes cantaba  
aires gallegos con cierto garbo;  
y fue el silencio, después de todo,  
la rajadura por donde el agua

tan despaciosa de la desgracia  
se fue colando sin su permiso.

[...]

*Cantan las ranas cuando se callan  
todos los otros. Cuando se aquieta  
la vida ronca, cada ranita  
busca su charco. Sobre una piedra,  
canta la rana de la intemperie,  
¿cómo callarla?*

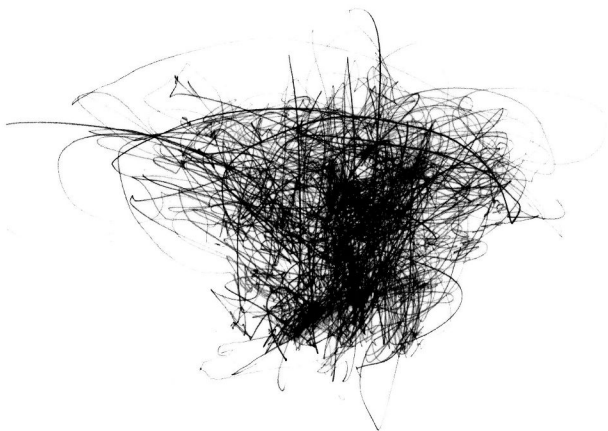
No me devuelven a lo continuo  
los comentarios amontonados  
de los que asisten a este episodio.  
Más bien subrayan y magnifican  
la zona inmóvil de algún presente  
donde es visible la gama oscura  
de diferencias que los envuelven  
como salchichas, larvas expuestas  
al disimulo de lo rotundo  
de su ignorancia. Como un susurro  
que se ordenara, con insistencia  
y atravesando lo cotidiano  
de los rencores y vencimientos,  
para lanzarnos esa pregunta  
que llega tarde e inoportuna:  
¿se oyen boleros en el infierno?  
Es tan palpable la consistencia  
de esa molestia sobrevolando  
justo a la altura de las cabezas  
que, cuando veo los movimientos  
de cada uno de estos proyectos  
de golosinas para la nada,  
no puedo menos que darme cuenta  
de que se lloran y son las viudas

tan de sí mismas abandonadas  
como abandonan en esta noche  
los excipientes de la señora  
que fue mi madre de tanto en tanto;  
y se preguntan si en el futuro,  
cuando el agüita de la desgracia  
se lleve quieta sus pretensiones  
con la paciencia propia del barro,  
otras salchichas dirán lo mismo  
que estas murmuran frente a mi madre:  
“Me encantaría rendir tributo  
a la despensa de tu memoria,  
pero te miro y estás tan frita,  
tan desprovista de garantías  
sobre el estado de las mareas  
en esas aguas territoriales  
de la república de las parcas,  
que me carcomen las inquietudes  
de aquel que sabe que el *vaporetto*  
vendrá a buscarlo con diligencia  
para llevarlo precisamente  
a esa corriente de la ignorancia  
donde derivan los finaditos”.

*Haciendo el muerto, como los perros:  
en la intemperie de cada rana  
que me visita, me quedo quieto,  
no se oye nada.*

Se acerca un hombre que no conozco,  
aunque sospecho de dónde viene  
por las palabras que va eligiendo  
para dar cuerpo a la condolencia.  
Por un momento nos contemplamos  
entre perplejos y desconfiados,  
yo con mi muerta y mi propia muerte,

él con la suya cantando bajo,  
sólo sintiendo las pulsaciones  
con que el momento se despedaza  
como una fruta que, laboriosa,  
fue fabricando sin advertirlo  
las condiciones que la llevaron  
al voluptuoso despilfarrarse  
desde lo único a lo diverso.  
Y así duramos, sin darnos cuenta,  
como manzanas en sus cajones,  
en un instante de entendimiento  
que se sostiene en lo incomprensible,  
valga esta mínima paradoja,  
de unas miradas sin contenido  
pero dotadas del brillo intenso  
que nos regalan las circunstancias.  
De pronto el hombre pone una mano  
sobre la frente de lo que fuera  
el rostro histórico de mi madre  
y, sin que medie ningún aviso  
para que el tiempo retome el giro  
desamparado de sus esferas,  
siento que viajo con este hombre  
en la estanciera de su relato  
y por un rato, que no es muy largo  
pero perdura con cierto encanto,  
me va llevando con sus palabras.  
No es el sentido de lo que dice  
sino el regusto de los sonidos,  
la cantilena lenta y sinuosa  
que no obedece a ninguna regla  
pero insinúa, como un estilo,  
el aire nuevo de algo sabido  
y resplandece con el misterio  
de lo que cambia de pronto el signo.



*Live Transmission*: movimiento de las manos de Butch Morris dirigiendo una orquesta de jazz. Festival de Jazz de Nueva York, Nueva York, 12 de junio de 1998.